

FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO

DEL HÉROE DE LA ANTIGÜEDAD AL PERSONAJE LITERARIO

El héroe del mundo antiguo quedó configurado como un ser mítico que sólo podía llegar a serlo desde su condición de hombre, al establecer su triunfo la victoria sobre la muerte. Su existencia era un camino en que debía sortear mil encuentros, con peligros de todo tipo, que, tras asumirlos y vencerlos, le llevaban al encuentro con algo nuevo, con algo que permanecía oculto, aunque, como compensación al hallazgo, debería pagar con la muerte. El héroe de la Antigüedad es un vencedor que sólo cede ante sí mismo frente a la muerte, porque así lo quiere el destino, y como tal ha de ser honrado (τιμήεις).

Y, junto a su muerte singular, el héroe clásico tenía también un nacimiento peculiar. Ya O. Rank, en su conocido trabajo *El mito del nacimiento del héroe*, de 1914, después de analizar diversos mitos heroicos, llegó a elaborar una leyenda patrón, cuya formulación entraría dentro del esquema siguiente: el héroe descende de padres de la más alta nobleza, generalmente de reyes, incluso de dioses y hombres, con un origen que se halla precedido por dificultades como la contiencia o la esterilidad prolongada, o el coito secreto de los padres. Su nacimiento viene precedido de profecías en sueños o por boca de un oráculo, o señales que avisan de las consecuencias de tal nacimiento. Por lo general, el niño es abandonado a su suerte, en un frágil recipiente, en las aguas de un río, de donde es recogido y salvado por animales o por gentes humildes. Transcurrida la infancia, llega a conocerse su origen noble por una serie de circunstancias de muy diverso matiz, y se-

guidamente se inicia un proceso de venganza y, a la par, de reconocimiento de sus méritos¹. Esquema que vemos cumplirse en héroes de civilizaciones tan diferentes como Sargón, Edipo, Moisés, Perseo, Ciro, Rómulo, Paris, Egisto, etc., y en numerosos héroes de ficción. Parece como si todos estos pasos, que se repiten, cumpliesen una serie de condiciones iniciáticas², así como de las religiones místicas, e incluso dentro de la medicina³, o en la fundación de ciudades...⁴.

Pero es sobre todo por su muerte por lo que sobresalen y establecen para el futuro sus condiciones sobrehumanas. No son inmortales como los dioses; pero tampoco caen en el olvido y en el silencio como los hombres, pues después de muertos continúan actuando con acciones benefactoras, lo que movió a que se instaurase un culto en su honor en la religión popular. Sus reliquias, sus huesos, sus tumbas, irradiaban este influjo sobre los humanos. Ya vio claro Wundt lo que representaba esta conjunción de dioses y héroes en la creación de un ámbito que se iniciaba. Los tiempos de los héroes y de los dioses constituían la introducción a un nuevo movimiento espiritual, sobre el cual había de basarse todo el porvenir de la cultura y de la religión, no dejando, por eso, de constituir una conjunción de todos los factores de la evolución precedente. Estos contenían anteriores formas, alteradas y modificadas en virtud de las procedentes de las más impenetrables capas del pensamiento mitológico: "El primer lugar entre los factores determinantes de este nuevo tiempo corresponde al héroe. El ideal humano de la personalidad en él encarnado, al penetrar en la conciencia de los pueblos, viene a echar los cimientos de las ulteriores fases, principalmente de la aparición de los dioses y los héroes, *época de los héroes*"⁵, nos dice, para añadir más adelante que el héroe y el dios no pueden ser imaginados sino como coexistentes con el Estado, cuya fundación señala el comienzo de esta época⁶.

La muerte del héroe adquirió un valor religioso, trascendente,

1. O. Rank, *El mito del nacimiento del héroe*, Barcelona, 1981, págs. 79 y sigs.

2. Véase M. Eliade, *Naissances mystiques. Essai sur quelques types d'initiation*, París, 1975. El mismo, con el título de *Initiation, rites, sociétés secrètes*, París, 1976, págs. 23 y sigs.

3. Angelo Brelich, *Gli eroi greci: un problema storico-religioso*, Roma, 1958, págs. 105 y sigs.

4. *Ibid.*, págs. 129-185.

5. W. Wundt, *Elementos de psicología de los pueblos (bosquejo de una historia de la evolución psicológica de la humanidad)*, Madrid, 1926, pág. 257.

6. *Ibid.*

que, por otro lado, le hacía pervivir defendiendo a su ciudad junto a sus moradores ⁷.

Pero en el héroe había algo más: en él radicaba la *inmortalidad* de orden espiritual que representaba la perennidad de su *nombre*, que le procuraba una *gloria*, que le elevaba a una categoría que era tomada como ejemplo y modelo de aquellos hombres que aspiraban a librarse de la pobre y limitada condición humana. En la época helenística los héroes fueron magnificados hasta límites inimaginables, a pesar de sus características, que en más de una ocasión los hizo aparecer como seres monstruosos ⁸. Pero esta inmortalidad de orden espiritual, que los convirtió en modelos y ejemplos, hemos de analizarla con un mayor detenimiento, porque los héroes, seres que fueron hombres y que por sus hechos habían trascendido a ese plano superior, pasaron a ser tenidos como auténticos seres de ficción, que poblaron un mundo junto a ese otro que conocemos por *mitología*.

El hombre griego, hecho héroe, pasó a formar parte de ese mundo paralelo por el que se explicaban los fenómenos y fuerzas de la naturaleza reduciéndolos a unos poderes que les trascendían. Con los héroes se tendían una serie de lazos hasta ese mundo exterior, desde el hombre mismo, a la vez que se fijaba una idea-imagen en que mirarse, de gran valor didáctico.

El héroe, pues, se correspondió también con lo que se entendió por arquetipo (*ἀρχετυπον*), por más que esta conceptualización pertenecía a otra categoría de pensamiento.

El héroe nació en Grecia como una respuesta deseada, alzada por la palabra y la memoria, y como tal respuesta pasó a revestir una importancia crucial. Con ella se conseguía reunir, en torno al recuerdo de los hechos y acciones de un hombre que reflejan su personalidad, una serie de características de diversos seres conocidos, hasta en un ser que venía a perpetuar esa noción general y superior.

Platón configuró un sistema de pensamiento que establecía en un estadio superior una serie de ideas universales y suprasensibles, de las que las cosas particulares no eran más que un reflejo. Las ideas y los arquetipos serían las ideas conforme a las cuales aparecen los géneros,

7. Véase un ejemplo en Plutarco, *Vidas paralelas: Teseo*, XXXVI, 4; E. Rohde, *Psique. La idea del alma y la inmortalidad entre los griegos*, México, 1983, pág. 84.

8. A. Brélich, op. cit., págs. 235 y sigs.

tipos y leyes de todas las cosas⁹. Siglos después, un neoplatónico como Plotino vio en la idea la realidad última: "Y son realmente diferentes tanto la materia como la forma que se añade a ellas, porque la materia divina tiene un límite preciso y una vida también inteligible, en tanto que la materia del cuerpo resulta ser igualmente limitada, pero no posee vida ni inteligencia, sino que es una cosa muerta, aunque ordenada... En el mundo de lo alto la forma es algo real: de modo que su objeto también lo será" (*Enéada*, II, 4)¹⁰. Las formas de esas ideas o arquetipos tienen su *Εἰδωλον* o imagen, y su materia, y como tales irradian una fuerza luminosa.

Los héroes, parafraseando a Demócrito, enemigo radical de esta concepción, pasaron a ser vistos como las sombras luminosas de los hombres, y como tales proyectaron un tono por el que serían tenidos como modelos, con lo que de ejemplaridad conllevaba, y sin intervención de la voluntad para ver en ellos lo que se deseaba ver.

Los héroes fueron comprendidos y admitidos como seres que pervivían, pero aún no separados de los hombres, y todavía no integrados, salvo excepciones, en el mundo de los dioses.

Lo divino se reflejó en ellos, seres reales, y adquirieron rasgos legendarios y simbólicos, y también lo humano se continuó en ellos, y se infundieron de posibilidades materiales y fácticas. Los héroes pasaron a ser seres producidos por la capacidad imaginativa de los hombres, que alcanzaban su total sentido únicamente en la realidad del mundo de los hombres.

Pero hay más, pues, aparte de su significado religioso, los héroes fueron utilizados en una labor didáctica. No en vano ya encontraron en ese primer monumento de la literatura griega que es la *Iliada* una laboriosa acción pedagógica, encaminada a resaltar los valores morales por los que se movía aquella sociedad. Son los principios que infunden a una aristocracia de guerreros, en los que las virtudes que se revelan en el combate son esenciales. Es en la guerra donde el guerrero puede llegar a alcanzar la *κλέος*, que les procuraba la inmortalidad. El guerrero, el héroe homérico, como Héctor, como Aquiles, como Ulises, trata de estar cerca del enemigo. "También a mí se me enardecen las audaces manos en torno de la lanza, y mi fuerza aumenta y mis pies

9. J. Caro Baroja, *Sobre la formación y uso de arquetipos en historia, literatura y folklore*, en *Ensayos sobre la cultura popular española*, Madrid, 1979, pág. 95.

10. Traducción de José Antonio Mínguez, Madrid, 1964.

saltan, y deseo batirme con Héctor Priámida, cuyo furor es insaciable" (*Iliada*, XIII), dijo Ajax Telamonio respondiendo a Áyax de Oileo, que había dicho: "En mi pecho el corazón siente un deseo más vivo de luchar y combatir, y mis manos y mis pies se mueven con impaciencia" (*Iliada*, XIII). Combatir y luchar, y, sobre todo, encontrar una muerte que los glorifique. Ulises clamaba así mientras sostenía una lucha encarnizada con el mar, sacudido por Poseidón: "Ahora me espera, a buen seguro, una terrible muerte. ¡Oh, una y mil veces dichosos los dánaos que cayeron en Ilión, luchando para complacer a los Atridas! ¡Así hubiese muerto también, cumpliéndose mi destino, el día en que multitud de teucros me arrojaban bronceas lanzas junto al cadáver del Pelida! Allí obtuviera honras fúnebres y los aqueos ensalzaran mi gloria; pero dispone el hado que yo sucumba con deplorable muerte" (*Odisea*, V, 306 y sigs.).

La muerte del héroe, en su juventud, en toda su belleza, marca su condición insalvable. Allí, en el combate, cubierto de armas resplandecientes, está el lugar del héroe¹¹.

El héroe era el modelo que había que imitar en aquella sociedad guerrera. Quirón, el educador de Aquiles y de otros muchos guerreros y héroes, como refiere Jenofonte¹², adiestró a aquél en la práctica de los deportes, en la equitación, en la medicina, en las artes cortesanías..., y le inculcó el espíritu caballeresco. Y otro segundo preceptor del mismo héroe, Félix, cuando le encontró en una embajada de Néstor, le recuerda: "Y te crié hasta hacerte cual eres, ¡oh Aquiles!, semejante a los dioses" (*Iliada*, IX, 486), enseñándole el arte de la oratoria y a ser un hacedor de hazañas (*Iliada*, IX, 442)¹³.

Pero el alma del héroe homérico, del héroe antiguo, es a su vez sumamente compleja, pues si bien por un lado el guerrero se entrega a la lucha con desprecio de la vida, por otro demuestra que la ama

11. J.-P. Vernant, *La belle mort et le cadavre outragé*, en *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*, Cambridge, 1982, pág. 81.

12. *Ciropeya*, I, 6, 26 y sigs.

13. Reparemos en lo que se nos dice de la educación dada a Alejandro. Pseudo-Calístenes (*Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Madrid, 1977, pág. 56), tras recordar a sus maestros, Aristóteles, Anaximenes, Melempo el Peloponesio, Lencipo el Limneo, Polineces, Cleónidas, etc., añade: "Después de cursar una educación completa y de estudiar astronomía, en las vacaciones de los estudios enseñaba a sus discípulos por su cuenta y los reunía a todos para prácticas de guerra. Les hacía trabar combate, y cuando veía que uno de los dos grupos contendientes era derrotado por el otro, acudía en ayuda del vencido y de nuevo le hacía vencer, de modo que dejaba claro y manifiesto que él llevaba consigo la victoria. Así se educaba Alejandro."

con pasión, aunque no le otorgue valor supremo. Y es que en el fondo del alma del héroe homérico hay una ética del honor. El valor ideal al que se sacrifica incluso la vida es la ἀρετή, un concepto que lleva más allá de lo que entendemos por *virtud*, ya que deberíamos verla en el sentido de valor, en el significado caballeresco de la palabra. La ἀρετή es lo que hace valiente al guerrero, lo que lo hace diferente del resto de los hombres¹⁴. El héroe, en verdad, es un ser que llega a alcanzar el estadio de víctima propiciatoria del sacrificio ritual por el que la sociedad se salva, permanece, continúa, pero no es una víctima anónima: es un hombre que se encamina a la inmólación sin apartar la mirada de la muerte, y por lo que a cambio se proclama que es el mejor, el que vale más entre los hombres. Esto es la auténtica piedra sillar sobre la que descansa la moral del héroe. La existencia del héroe está dominada por un ideal agonístico de la vida, que por él trascendió al espíritu griego: honor, orgullo, deseo de grandeza, imponer el sello del vencedor, reconocimiento de su valentía, que ha de servir de pauta durante siglos en el hombre europeo, aunque con ciertas diferencias.

Y cuando no fue posible llegar a ser héroe por la participación en la guerra, en Grecia se encontró la vía del deporte, que también, con ἀρετή, permitía que se pudiera llegar a vencer, a demostrar que se era el de más honor, el primero, y, del mismo modo que lo habían sido los héroes guerreros, estos campeones también fueron cantados por los poetas dentro de una labor educadora.

Παράδειγμα, el modelo heroico, se tendrá siempre: así lo vemos ya en la figura de Alejandro Magno, que, según refiere Quinto Curcio Rufo, se creía descendiente del mismo Aquiles¹⁵. Con Hesíodo, la fuerza que impulsaba el corazón de los héroes se enriqueció con las ideas de Justicia, de Verdad...

La figura del héroe, que se diluyó con la desmembración del Imperio romano, volvió a aparecer en los días de la alta Edad Media, un momento de reestructuración y remodelación social de los hombres que habitaban el solar europeo. Es éste un período de *fundación* política y de *iniciación* cultural de la religiosidad cristiana, que muy pronto se tradujo en la creación de una serie de mitos y modelos mentales, en los que se apoyó aquella sociedad naciente.

14. Henry-Irenee Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Madrid, 1985, pág. 29; sigue a Jager, así como a Mauzon y J. Festugière.

15. Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*, traducción de Francisco Pejenaute Rubio, 1986, pág. 168.

La idea del héroe fue recuperada de la Antigüedad por la Iglesia en la figura del santo, de forma que bien podemos hablar de una mitología en la que se reunían un gran número de vidas referidas dentro de la caracterización mítica, junto a una veneración con grandes signos exteriores. Se hicieron colecciones de relatos biográficos de los mártires en diversas lenguas, aparte del griego y el latín, que pasaron a ser lecturas, casi las únicas, edificantes. Durante siglos se cristianizó a las masas populares europeas refiriéndoles los misterios de la religión cristiana, junto con la vida de los que se sacrificaron por ella. Hubo una sustitución sistemática, de la que nos dan idea escritores griegos como Teodoro y padres de la Iglesia occidental. Estamos en un momento de explosión de la piedad popular, que quedó reflejado en la formación del calendario cristiano universal y particular de cada comunidad regional, así como la multiplicación de ermitas, santuarios, iglesias, catedrales, etc., y en ellas se repitieron hasta que se supieron de memoria las vidas de los santos, que, como es natural, los hubo de todos los tipos: desde santos misteriosos, como san Cipriano, o matronas romanas, como santa Paula, hasta caballeros vencedores de dragones, como san Jorge, no faltando tampoco historias disparatadas, de difícil explicación, como las que nos refieren la vida de santa Úrsula y de las diez mil vírgenes... Cuando Santiago de la Vorágine, arzobispo de Génova, en el siglo XIII, reunió un enorme acopio de vidas de santos y de hechos fundamentales de la religión cristiana en su adaptación al calendario, llamada *La leyenda dorada*, estaba ofreciéndonos los fundamentos sobre los que se iba a levantar la figura del héroe en la Edad Media¹⁶.

Pero la figura del santo, del héroe cristiano, pronto hubo de disociarse en la figura del héroe guerrero, por más que lo fuese en cierta forma dentro de la caracterización religiosa. Y así vemos cómo ese héroe fue configurado sin verse revestido del cometido de mediador con la divinidad, como lo fue en la Antigüedad.

En la Edad Media el héroe, ante todo, es un hombre que llega a serlo desde sí mismo, desde sus limitaciones y sus propias fuerzas, desde su voluntad y desde un sentimiento de solidaridad con una causa que consideró justa, lo que es igual que decir que desde un sentido personal del honor y también del colectivo de honra..., y que asimismo,

16. Santiago de la Vorágine, *La leyenda dorada*, 2 vols., Madrid, 1982. Véase también H. Delehaye, *Les légendes hagiographiques*, Bruselas, 1905, entre otros estudios.

como tal hombre, secundaba con fidelidad la *virtud* que emanaba de un modelo superior, como es la figura de Jesucristo, Hijo de Dios y a la vez hombre. Pero para que ello llegara a hacerse evidente fue necesario que se argumentara una literatura oral que cantó sus hazañas en palacios y plazas de los pueblos. La literatura épica, obra de propaganda en la que una sociedad se miraba, sirvió de marco para que se configurase todo un cuerpo en el que sobresalía con voz poderosa la figura del héroe guerrero, según los cánones que imponían los tiempos medievales.

En una sociedad como la medieval, que, como sabemos, se articulaba sobre un equilibrio de cuerpos sociales o *estados*, en los que quedaban agrupados los hombres según la función u *officium* que desempeñaban, bien pronto la figura del héroe, del guerrero a caballo, se situó en el que debía ser su lugar.

En él, muy pronto, incidieron también la idea de nobleza y unos principios de carácter moral que habrían de servirle de guía. El héroe medieval era un hombre que actuaba conforme a unos valores que le condicionaban en su manera de obrar, y, por proyectarse sobre unos principios religiosos como los del cristianismo, ya no era necesario que sólo fuese vencedor, pues también podía llegar a serlo apareciendo como derrotado.

En el mundo antiguo, el héroe apareció como integrante de un cuerpo social determinado, la nobleza, o los grandes propietarios, que a su vez constituía el soporte del poder político: era el estrato caballeresco y noble, pues sus miembros poseían carros de guerra, con los que acudían al lugar de la lucha, que hacían en enfrentamientos cuerpo a cuerpo. Su moral era la de los vencedores a toda costa, y, como tales, podían llegar a ejercer la rapiña en forma de botín de guerra, considerándolo también como una renta propia de su oficio. Y como nobleza cultivaban la caza, el juego, el canto..., por más que todavía esta nobleza estuviese íntimamente unida a la agricultura en la propiedad y en el trabajo, lo que hacía que como tales compartiesen sus vicisitudes. Y es que la agricultura no era sólo el principal asiento de su vida, sino que incluso llegaban a trabajar en ella. Para el héroe homérico, trabajar con el arado era tan natural y decoroso como empuñar la espada, residir en las montañas y ser pastores..., lo que constituía casi un paso obligado en sus años de juventud. Estamos en el momento en que el trabajo manual era tenido en alta estima. Después

el guerrero dejó a un lado estos trabajos, con lo que los hombres que los llevaban a efecto quedaron relegados a un plano inferior. Sólo los ricos propietarios continuaron con posibilidad de permanecer dentro de la nobleza, que, a su vez, les permitía criar caballos, y con ellos participar en la guerra desde el estadio caballeresco. Ser rico era condición imprescindible para ser noble, y, por tanto, era visto como un varón feliz, poderoso, favorecido de los dioses¹⁷. Ser noble era pertenecer a un cuerpo social en el que recaía el desempeño de las funciones públicas, así como verse respaldado por unos parientes sobre los que se vertebraban una serie de derechos que le procuraban homogeneidad y consistencia social, y por unos servidores de los que unos eran libres y otros esclavos.

El héroe medieval, como guerrero, también tuvo que pertenecer a la nobleza, ser caballero, formar parte de un linaje de solar conocido. Este héroe era un hombre noble que participaba en un hecho de gran importancia, y que llegaba a adquirir el papel de víctima propiciatoria en la representación dramática en que participaba, haciendo uso de su voluntad como impulso que le conducía al sacrificio, y no como víctima ciega, pues el destino era una fuerza extraña que concurría en él, precipitándole a un fin que sería considerado glorioso. Jesucristo, como hemos apuntado anteriormente, fue el héroe por excelencia, y, como él, el hombre que aspiraba a ser héroe debía seguirle luchando desde su interioridad, desde su intimidad, venciendo y vencándose, cayendo derrotado a veces, ofreciéndose. El héroe llegaba a serlo por el hecho de participar en una empresa tal como era la vida encauzada a vencer el mal. El héroe se ofrecía, impidiendo con su postura que el *enemigo* llegase a vencer, obligándole a retroceder. Y fue precisamente este condicionamiento oferente el que llevó a que en determinados momentos de la historia, como podían ser las cruzadas, una empresa religiosa, amén de otras facetas, incluso hombres pertenecientes al pueblo llegaran a constituirse también en auténticos héroes, o por lo menos como tales fuesen cantados. Así, dentro de esta configuración, podemos incluir a los participantes en la primera cruzada, o "de los Pobres"¹⁸: un grupo de hombres de los más bajos estratos sociales, que, tras oír

17. Véase P. Walcot, *Greek Peasants, Ancient and Modern. A Comparison of Social and Moral Values*, Londres, 1970.

18. Sobre la primera cruzada véase, por citar sólo un libro, el excepcional trabajo de Steven Runciman, *Historia de las cruzadas*, I, Madrid, 1973.

las predicaciones de Pedro el Ermitaño, adelantándose a los grandes señores, se precipitaron por las rutas que conducían a Tierra Santa. “En una época en que la guerra era privilegio de los barones y de sus séquitos, resultaba un hecho extraordinario que los *manants* (los que se quedan) se transformasen en guerreros. Y eso fue lo que llamó poderosamente la atención y lo que hizo que la historia se transformase en leyenda”, nos dice Régine Pernoud¹⁹.

Como sabemos, la primera cruzada deparó una serie de desastres y desventuras, y no faltaron tampoco en ella acciones de cobardía, como la que protagonizó el mismo Pedro el Ermitaño cuando desertó del sitio de Antioquía, lo que no fue obstáculo para que aquellos hombres entraran en el folklore y en la mitología popular, pues pronto fueron tenidos como héroes en los poemas épicos que se cantaron desde comienzos del siglo XII: *La Canción de los débiles*, *La Canción de Antioquía*, *La Conquista de Jerusalén*, etc.²⁰. Aquellos hombres que partieron un día del suelo europeo, para encontrar la muerte gran parte de ellos en combate con los turcos, y cuyos huesos se hacinaban en montones que el sol fue blanqueando, para al final, una vez molidos, ser utilizados en la construcción, no fueron olvidados, sino que la memoria popular los recuperó, diciendo de ellos:

Tels y a qui vous chantent de la Ronde Table

.....
 Mais je ne vous veux dire ni mensonges ni fables,
 Et vous dirai chanson n'est en l'histoires, c'est chose véritable.

Así dicen los primeros versos de una de las *chansons* del ciclo²¹, que nos habla de los héroes de una *verdadera historia*, y como canción de gesta cantada “no a los vencedores, sino a los vencidos heroicos”. Estamos en la civilización medieval, en la civilización cristiana, donde la derrota no pasaba de ser un fracaso aparente, como quedaba reflejado de forma bien patente en infinitas vidas de santos. El significado de la cruz y de la muerte de Jesús evidenciaba este hecho incuestionable, por el que el héroe medieval ganaba en la derrota, o sabía hacer uso de su libertad perdonando al enemigo al que había vencido.

19. Régine Pernoud, *Hombres de las cruzadas*, Barcelona, 1986, pág. 82.

20. A. Hatem, *Les poèmes épiques des croisades*, París, 1932.

21. *Chanson du Chevalier au Cygne*, ed. Hippeau, 2 vols., París, 1874-1877.

Muchos son los héroes medievales que vemos reflejados dentro de estos parámetros, como el rey san Luis de Francia, también caballero cruzado en una aventura llamada al fracaso, o Ramon Llull, que, armado con el signo de la cruz, predicó a los infieles la verdad de la Pasión de Jesucristo²². Pero la imagen del héroe en la Edad Media se difundió, como en la Antigüedad, por la palabra de los poetas: palabra oral, que en los patios de los castillos, o en las plazas de los pueblos, o en las encrucijadas de los caminos, cantaba los hechos de unos personajes que pronto serían ensalzados por el pueblo. Y, como en la Antigüedad, nos encontramos con unos hombres que adquirirían la categoría de héroes, y que también, desde ellos mismos, podían alcanzar la dimensión de seres míticos.

Alberto Varvaro ha sabido resaltar este hecho al referirse a la *experiencia épica* en los casos de Vivien y Roldán, cuyos sacrificios no resultaron inútiles, ya que fueron vengados por victorias posteriores a sus muertes²³. Vivien, sobrino de Guillermo, y Roldán, sobrino de Carlomagno, mueren enfrentándose al enemigo. Los héroes como Vivien y Roldán mueren como valientes, aunque a veces por su propia imprudencia, temeridad y orgullo. Y mueren también por una nación como es ya Francia, poblada por unos hombres que, como ellos, son franceses. Varvaro ha analizado el paralelismo existente entre las muertes de Vivien y Roldán con la de Jesucristo: "Gracias a esta relación figural, el héroe se transforma en mártir, en víctima de un sacrificio llevado a cabo con un rito heroico, en el que se materializa una fe divina y humana, en Cristo y en Francia"²⁴. En la Edad Media el héroe, el hombre guerrero por excelencia, llegaba así a una categoría superior, la de mártir, la de testigo de la fe. Y a su lado debemos situar la de los santos.

Los héroes de la épica iban a enfrentarse con la muerte dentro de unos cánones muy cerrados, que los legitimaban como tales; pero el héroe guerrero medieval, aparte de los muy particulares a que hemos hecho mención cuando nos hemos referido a la primera cruzada, sólo podía surgir dentro de una determinada capa social: la nobleza.

22. Véase Luis Alberto de Cuenca, *Héroes medievales*, "Revista de Occidente", 46, marzo 1985, págs. 35 y sigs.

23. Alberto Varvaro, *Literatura románica de la Edad Media*, Barcelona, 1983, pág. 254.

24. *Ibíd.*

Los integrantes de este cuerpo social volvieron su mirada hacia el arquetipo del héroe como si les perteneciese en exclusiva y les sirviese de guía y paradigma, y así, para seguir sus pasos, ingeniaron un medio que los ayudó a suplir el vacío planteado por el fin de las cruzadas a Oriente. Las cruzadas habían sido la *gran aventura* que se llevó a cabo sobre el *viaje*.

El cruzado había sido guerrero y conquistador, y también peregrino. Durante siglos, el esquema mental que guió a los hombres de armas europeos los había conducido hasta los Santos Lugares, donde había nacido, vivido y muerto Jesús. Sitios que eran reverenciados, y ante los que se sentían llamados por un sentimiento de contacto místico-religioso. Llegar a ellos era pisar el umbral de un mundo que hasta aquel momento desconocían y que los colmaba de felicidad, como muchas veces manifestaron los que coronaron su empresa. Con el fin de la etapa de las cruzadas desaparecía un cúmulo de posibilidades míticas, en todos los sentidos. El hombre europeo tuvo que volverse sobre sí mismo para seguir viviendo sobre su solar, y, como debía suceder, trató de ver hacia dónde podía encauzar sus pasos en busca de lo que llamaban *aventuras*, que no eran más que la posibilidad de adentrarse, *iniciándose*, en un mundo desconocido, donde dominaba lo imprevisto. Así, la aventura tomó forma de lucha deportiva en torneos, justas y desafíos. Y, por otro lado, junto a las consecuencias de los límites que imponían las cruzadas, y mucho más su fin, estaban las que incidían desde el lado de la puesta en práctica de nuevas técnicas militares.

Como sabemos, una figura sumamente importante en la sociedad medieval, la del caballero, la del guerrero a caballo, quedó desplazada, y sin posibilidades de integrarse en ella con un fin orgánico. El caballero estaba solo, sin más solución que seguir adelante abandonado a su suerte. El caballero se hizo peregrino y vagabundo, aventurero, aunque el sentido de sus andaduras no pasaba de ser meramente deportivo, por más que se dedicaba en ocasiones a la búsqueda de un botín como tal o como dote, lo que pronto le hizo tropezar con la Iglesia.

Este hombre errante pasó a ser visto como un personaje en el que se sintetizaba lo que en el mundo griego se llamaba *ἀρετή*, y que ahora podemos denominar *virtud*, englobando en esta palabra la valentía, el honor, la humildad, el decoro, la elegancia, el amor, la cari-

dad, etc.: personaje que se sustantivó con el nombre de *caballero*. El caballero pasó a ser un hombre condenado a seguir la suerte de víctima y de héroe, y, como tal, sobre sus hombros había de pesar la responsabilidad que en último término le conduciría a convertirse en ser mítico; pero para ello debería adentrarse en lo desconocido. Por la aventura, el caballero se convirtió en un ser mítico, aunque para ello, como en la Antigüedad, fue necesario que se divulgara por medio de un relato. No en vano se recuperó de la Antigüedad la figura de Alejandro Magno, el gran héroe por excelencia, configurándolo ahora como un perfecto caballero medieval, con lo que se coronaba un largo proceso de adaptación iniciado en la época helenística²⁵. La figura del héroe Alejandro se difundió con profusión en la Europa medieval, y llegó también a España por la vía del mester de clerecía²⁶.

El héroe de la Antigüedad reapareció, adaptado a la sensibilidad, la ideología y las fuerzas dominantes en la alta Edad Media, y fue cantado en la épica. Sin embargo, pronto se vio que este héroe, también ser humano, se mostraba inservible para expresar las particularidades y la impronta del nuevo hombre de los siglos XII y XIII.

La solución a este problema llegó con el inicio de un género literario, el *roman*, que iba a tomar al caballero, antes que nada, como personaje literario. El caballero de este género literario, también héroe como en la Antigüedad y en la epopeya, pero en un lugar secundario, pasó a ser visto como un ser de ficción, que a su vez se sostenía por sí mismo.

Estamos ante uno de los momentos clave de la historia de la humanidad, y, sin duda, uno de los más importantes, por no decir el que más, del arte de narrar. Me refiero al paso dado desde la descripción de la acción según una trama y una intencionalidad específica, como es la épica, el cuento folklórico, el *exemplo*, el relato hagiográfico, etcétera, a la descripción de la acción según la manifestación y evolución en el tiempo y el espacio de la psicología de un ser, un personaje que es un hombre, que se proyecta desde la realidad, pero siempre en un mayor o un menor grado de dependencia de ella, y que ante todo es un personaje meramente literario, un personaje de ficción.

25. Reinhold Merkelbach, *Die Quellen des griechischen Alexanderromans*, Munich, 1977. Esta obra estudia y fija las fuentes históricas de los poemas y novelas medievales sobre Alejandro Magno.

26. *Libro de Alexandre*, estudio y edición de Francisco Marcos Marín, Madrid, 1987.

El personaje, el caballero, posiblemente héroe también, como hemos dicho, pasó a adquirir la categoría de *idea literaria*, sobre la que se desarrollaría un género. Cuando leemos las novelas de Chrétien de Troyes lo percibimos inmediatamente: el caballero de un *roman* no es un agente, como lo es en la épica, sino que es un *personaje*, según la distinción aristotélica (*Arte poética*, I, 450a), y este paso se dio al tornarse en idea literaria, que ya habría de servir como tal durante siglos. Estamos ante personajes que, sobre todo, son hombres, y después, en un segundo lugar, son héroes, y lo estamos porque asistimos a su comparecencia ante la realidad de que brotan las circunstancias que van a permitir su acomodación o su desplazamiento.

Los dioses de la Antigüedad eran conocidos por la gloria de sus acciones; después, los héroes lo fueron por lo que representaba la ejemplaridad de su personalidad. El personaje literario nació en el momento en que el héroe, como tal, hacía crisis, al convertirse en un ente trágico, ya que la razón de ser que le convertía en tal no era adecuada a lo que necesitaban los cambios de una época. El personaje literario vino a ocupar el lugar dejado por los dioses al recobrar una adaptabilidad de su acción a un ambiente dado; al evidenciarnos que su acción, su esfuerzo personal, era necesario. El caballero, que fue héroe, continuó cumpliendo su papel en la sociedad gracias al personaje literario, al adquirir éste el valor de las opciones que le definían, al situarlo en relación con los restantes miembros de una sociedad.

El caballero, el guerrero a caballo, incapaz ya de conducir de forma resolutiva la batalla, al no poder hacer frente a la pérfida flecha lanzada por el gran arco, o a la traidora pólvora, pasó a refugiarse en torneos, justas y otros lances deportivos.

Por otro lado, un cúmulo enorme de cosas y hechos se dieron cita en esta encrucijada social que constituyó la sociedad europea de los siglos XII y XIII: una tradición literaria latina; las consecuencias de una persecución sistemática de formas de vida, creencias y manifestaciones religiosas en el suelo europeo por la Iglesia romana, en un afán de unificar cultos y todo tipo de ideas comprendidas en este ámbito; la recuperación de los restos de una cultura celta, fantástica y maravillosa, desde la Europa insular y continental, donde se había dado una simbiosis perfecta de respeto y valoración de estas creencias y su literatura por los monjes que la evangelizaron; la afloración de una literatura que hablaba de estas creencias y formas de vida en relatos folklóricos,

en *lais*, etc.; unos cantares de gesta que reflejaban una concepción ideológica típicamente medieval; una aparición de sustratos célticos en determinadas áreas continentales, que precisamente serían donde se escribiría este tipo de nueva literatura; y la realidad del momento histórico, que convertía al poderoso caballero de épocas pasadas en un ser decorativo y estilizado, bien apropiado a los cánones góticos.

Era el momento en que aquel ser individual, también héroe y modelo en que los demás hombres debían mirarse, sobrevivía gracias a su transformación en modelo mental, en *idea literaria*: un personaje, un *dramati persona*, en el que su personalidad quedaba unida a un ambiente y a una acción, desde su individualidad definidora, y a una libertad, no a su independencia, que le llevaría a vagar por los bosques de una geografía fantástica, en busca de ocasiones en que pudiera demostrar su valor, o probar que valía más que los demás, en la defensa de los débiles, o en el encuentro con el amor de una mujer idealizada. Un personaje que pasaría a ser visto como un ser enigmático.

La idea literaria del caballero nos condujo a la creación de un personaje cuya esfera de acción estaba comprendida por el poder que emanaba de él mismo, y que llegaría a influir en ella, haciéndose a su vez mentor. El personaje literario nacido del *roman* nos llevó a un tiempo de iniciación, lo que le dio, por otro lado, carácter de ser mítico, de ser cuyos pasos podían ser predecibles por el lector, que pasó a adquirir una nueva categoría: la de compartir con el escritor, por una complicidad tácita, el papel de ser creador de mundos de ficción.

Pero el personaje literario se separó del hombre, que siguió en su devenir sobre un lugar, para convertirse en *personalidad*. El hombre se encaminó a vivir en una sociedad en que sus facultades iban a ser definidas por sus derechos, mientras que el personaje literario, reflejo de una personalidad, de un carácter argumentado sobre datos que se ofrecían, pasó a convertirse en un ser que adquiriría sus derechos por el desarrollo natural de esa personalidad, gracias a la imaginación.

Y a estos seres se los llamó también héroes de ficción, muchos de los cuales nos han sido, y nos lo seguirán siendo, necesarios sentimentalmente.